

12 de mayo

BEATO FRANCISCO DE SIENA, SACERDOTE O.S.M.

### Memoria obligatoria

*Francisco nació en Siena el año 1266. Por amor a la Virgen, ingresó en la Orden de los Siervos de María a la edad de veintidós años. Ordenado presbítero, se distinguió por el ardor de la caridad, por el celo en la predicación, por la acertada dirección espiritual. Murió el año 1328. Su cuerpo se venera en Siena, en la basílica de Santa María de los Siervos. El papa Benedicto XIV aprobó su culto el año 1743.*



Del Común de santos y beatos O.S.M.

### Oficio de lectura

#### SEGUNDA LECTURA

De la Disertación «Sobre el amor a los pobres», de san Gregorio de Nazianzo, obispo

(Disertación XIV, 2.4-6.40: PG 35, 859-866. 910)

*Practiquemos el amor y la bondad para con los pobres*

[Hermanos y compañeros de pobreza], bella cosa es el amor fraterno, como nos lo atestigua el mismo Jesús, que no solo se dignó llamarse hermano nuestro, sino que también padeció por nuestra salvación.

Bella cosa es la bondad para con los hombres, y también nos lo demuestra Jesús, que no solo creó al hombre para que hiciera buenas obras e imprimió en su carne la imagen divina para guiarlo a las realidades superiores y celestiales, sino que, además, se hizo él mismo hombre por nosotros. [...]

Bella cosa es la humildad, y de ella tenemos infinidad de ejemplos, sobre todo el del Salvador y Señor de todos, que no solo se humilló hasta tomar la condición de esclavo y ofreció su rostro al oprobio y ultraje de los salvazos, y fue contado entre los malhechores - precisamente él que venía a liberar el mundo del pecado -, sino que, además, lavó los pies de los discípulos como si fuera su siervo.

Bella cosa es la pobreza y el desprecio del dinero; de ello dan testimonio Zaqueo, y también Cristo: el primero cuando, al entrar Cristo en su casa, puso a su disposición casi todos sus bienes; el segundo cuando, en recompensa, otorgó a aquel rico la salvación.

[...] Bella cosa es la contemplación, bella asimismo la acción: la primera tiende al culmen de la santidad, y hace que nuestra mente vuelva hacia aquello que le es conforme; la acción acoge a Cristo, le sirve y le demuestra con las obras la fuerza de su amor. [...]

Si la caridad, resumen de la ley y de los profetas según san Pablo y el mismo Cristo, debe ser considerada el primero y el más grande de los mandamientos, estoy convencido que ella consiste esencialmente en practicar el amor y la bondad para con los pobres y en conmovernos y dolernos de las desgracias de nuestros parientes.

No hay otro culto más agradable a Dios que la misericordia (ya que nada hay que esté más acorde con la naturaleza de Dios, a quien preceden la misericordia y la lealtad, y al que hay que presentarle la misericordia antes del juicio), y ninguna otra cosa remunera él con tanta reciprocidad como esta virtud de la bondad, ya que retribuye en igual medida y con igualdad de peso y medida la misericordia.

Así pues, teniendo en cuenta aquel precepto que nos manda reír con los que ríen y llorar con los que lloran (cf. *Rom 12, 15*), abre tu corazón a todos los pobres, cualquiera que sea la causa de

sus penas y calamidades; y, como que también nosotros somos hombres, debemos otorgar a los hombres en primer lugar el don de nuestra bondad, ya sea que la necesiten a causa de su viudez, o porque han perdido a los padres, o por la inhumanidad e importunidad de los recaudadores de impuestos, o la cruenta ferocidad de los salteadores, o la insaciable avidez de los ladrones, o la confiscación de sus bienes, o el naufragio; todos son igualmente dignos de compasión, y tienen los ojos puestos en nuestras manos como nosotros los ponemos en las de Dios cuándo necesitamos de alguna cosa. [...]

Por eso, si me juzgáis digno de alguna atención, siervos de Cristo, hermanos y coherederos suyos, visitemos a Cristo siempre que se presente la ocasión, alimentemos a Cristo, vistamos a Cristo, demos albergue a Cristo, honremos a Cristo, [...] ya que el Señor de todo quiere misericordia y no sacrificios, y ya que la compasión está por encima de la grasa de millares de carneros, démosela en la persona de los pobres, [...] para que, al salir de este mundo, nos reciban en las moradas eternas, por el mismo Cristo nuestro Señor, a quien sea la gloria por los siglos. Amén.

## RESPONSORIO

*Mt 9, 13; 11, 28*

**R/.** Aprendan qué significa: «Yo quiero misericordia quiero y no sacrificios». \* Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, aleluya.

**V/.** Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados por la carga, y yo los aliviaré.

**R/.** Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, aleluya.

**O bien:**

De la «Leyenda» del beato Francisco de Siena escrita por fray Cristóbal de Parma

*(Nn. 6-9. 14.30: Monumenta OSM, V, pp. 24-25. 28. 34)*

*Eligió a la Virgen gloriosa como especial madre y Señora*

El joven Francisco había elegido a la gloriosa Virgen como especial madre y Señora, y le profesaba una gran reverencia en la mente y en el corazón, hasta el punto que nunca la llamaba sino con el nombre de Señora. Había adquirido la costumbre de arrodillarse ante la imagen de la santísima Virgen por lo menos quinientas veces en el transcurso del día y de la noche; rezaba el Ave María y otras alabanzas de la Virgen, y le suplicaba humildemente que nunca se mancillara el lirio de su virginidad. Pedía con insistencia y hondo fervor la humildad del corazón, la paciencia en las adversidades, la fortaleza para superar las asechanzas del enemigo. Se esforzaba por tener el cuerpo sometido totalmente al espíritu; y cuando las pasiones impetuosas turbaban su ánimo, con voz suplicante las estrellaba contra la roca, es decir, Cristo, y la Virgen gloriosa, su Señora. Las faltas leves, que a veces se infiltran subrepticamente en el alma, las lavaba con lágrimas y suspiros; llevaba un cilicio sobre su carne y domaba su cuerpo con golpes y azotes.

Cuando murió la madre, el piadoso joven Francisco, hallándose libre de todo vínculo terreno, determinó poner por obra lo que ya venía meditando en su corazón: con gusto se hubiera retirado a vivir en soledad para servir para siempre al Creador de todas las cosas y a la gloriosa Virgen, su Señora, más el Señor y la Virgen tenían sobre él otros planes. Con frecuencia meditaba y rumiaba en su interior aquellas palabras: «Huye de los hombres», pero el Espíritu Santo le hizo comprender que el mal no está en el hecho de convivir con los hombres, sino en imitar sus vicios, y que el contacto con los demás sería más meritorio para él si, con sus exhortaciones y buen ejemplo, se dedicaba a arrancar de las fauces del maligno y a guiar por sendas de santidad a los que, como seres irracionales, caminaban por los lugares escabrosos del mundo y se descarriaban, tras los vicios, engañados por el demonio. De este modo el siervo de Dios, Francisco, comprendió, según el vaticinio del profeta, que el Señor le hablaba en su interior. Movido por esta inspiración divina, pidió al punto el ingreso en religión, en la cual, sometido a la obediencia, que Dios prefiere a las

víctimas y sacrificios (cf. *1Sm* 15, 22), con una perfecta abnegación de si mismo, habría podido imitar más libremente a Cristo pobre y a la Virgen gloriosa y servir de manera más agradable a la Virgen Madre y al Hijo de la Virgen con la flor de su virginidad y pureza. A la edad de veintidos años, Francisco, el siervo de la Virgen, ingresó felizmente en la Orden de los Siervos de la Virgen, y muy acertadamente, como quedo después demostrado. Los frailes que vivieron con él fueron testigos del sumo grado de santidad que alcanzó Francisco con el favor del Señor, que todo lo puede.

El siervo de Dios desbordaba de gozo porque comprendía que la gracia divina resplandecía en su corazón. Enfervorizado aun más en el servicio divino y en su dedicación total a la Virgen gloriosa, meditaba día y noche la ley del Señor y buscaba como acrecentar el ornato de las virtudes. Nunca reposaba su débil cuerpo en mullido lecho, a no ser que estuviera enfermo o se sintiera muy débil, sino que, rendido por la fatiga, descansaba en una silla o en el suelo, poniendo bajo su cabeza una pequeña almohada. Y si de noche o de día lo vencía el sueño, se levantaba de repente y se dirigía al oratorio que tenía en su celda acudiendo a la imagen de la Virgen gloriosa; casi siempre, después del rezo del oficio divino, recitaba con intensa devoción el *Ave María* y otras alabanzas de la Virgen. [...]

[El día de la Ascensión del Señor del año 1328], después de celebrada la misa, se sintió tan agotado que apenas podía mantenerse en pie; con todo, tenía que ir a predicar al pueblo de Prisciano, cerca de Siena. Arrodillado ante el prior le pidió la bendición y la absolución de todos sus pecados, y le pidió humildemente que pusiera el bastón de peregrino en sus manos. El prior, ignorando lo que le pasaba y sin conocer los designios ocultos de Dios, no accedió a tantas muestras de respeto, y entonces el siervo de Dios, Francisco, le dijo: «Padre, no sé cuándo podré volver a pedir la bendición». Dicho esto, se marchó como pudo, apoyándose en el bastón y en el fraile que lo acompañaba. Pero apenas se había alejado un tiro de flecha de las puertas de la ciudad, hincó en tierra la rodilla derecha y dijo: *Yo te amo, Señor, tu eres mi fortaleza, Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador (Sal 17, 2b- 3)*. Ya que tenía siempre en los labios el *Avemaría*, añadió: *Alégrate, María, llena de gracia, el Señor está contigo* (cf. *Lc* 1, 28). Y sostenido por su compañero, quiso proseguir su camino, para ser obediente hasta la muerte.

## RESPONSORIO

Cf. *Jn* 19, 26-27; *Sir* 3, 5

**R/.** Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre».\* Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa, aleluya.

**V/.** Como el que atesora es el que honra a su madre.

**R/.** Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa, aleluya.

O bien:

### *Buen administrador de la multiforme gracia de Dios*

El beato Francisco nació en Siena el año 1266. Sus piadosos padres fueron Arrighetto y Raynaldesca. Según leemos en un escrito de fray Cristóbal de Parma, que fue su compañero y padre espiritual, Francisco siendo de corta edad, acudía con frecuencia a la iglesia y escuchaba asiduamente la palabra de Dios. Embriagado por la elocuencia de fray Ambrosio Sansedonio, predicador insigne, e impresionado por sus palabras, con las que en otro tiempo había ensalzado con gran fervor las excelencias de la vida solitaria y dedicada a la oración, determinó retirarse a vivir en soledad. Pero lo retuvo el amor a su madre, que estaba ciega, y a quien cuidó con gran cariño. Al morir ésta, cuando él tenía veintidos años y con la posibilidad de realizar su ardiente deseo de vida eremítica, le pareció oír una voz interior que le sugería: «El mal no está en el trato con los hombres, sino en la imitación de sus vicios» y que Dios vería con agrado que se dedicara, con la palabra y el ejemplo, a conducir a los hombres por el camino del bien. Entonces él, que ya desde la niñez había

elegido a «la gloriosa Virgen como especial madre y Señora» y le había profesado siempre una gran reverencia, tanto en el alma como en el cuerpo, pidió y fue admitido en la Orden de los Siervos de santa María.

En el trato fraterno, aumentaron aun aquellas virtudes que habían adornado el alma de Francisco cuando vivía en el mundo: la caridad para con todos, el amor a la penitencia y a la pobreza, la humildad de corazón, la guarda de la castidad, la paciencia en las adversidades, la filial devoción a la santísima Virgen, a la que llamaba Señora y a la que invocaba con mucha frecuencia por su dulcísimo nombre.

Ordenado sacerdote, mostró un gran amar a la Eucaristía, y así, cuando celebraba, se le veía tan inundado de gozo y alegría que «cualquiera hubiese creído - dice su biógrafo - que veía sin el velo de los sacramentos a Cristo glorioso encarnado». Tuvo un particular interés en explicar la palabra de Dios, y, para hacerlo con más eficacia, se preparaba más con la oración que con los libros, ya que estaba persuadido de que no la erudición sino la unción, no la ciencia sino la conciencia, no los escritos sino la caridad enseñan la verdadera teología.

Era tanta su entrega en la celebración del sacramento de la penitencia, en el dar saludables consejos, en el apaciguar las discordias, en ayudar a los necesitados, en atender a los enfermos, que acudían a él hombres y mujeres de toda edad y condición.

A la edad de sesenta y tres años, poco antes de la solemnidad de la Ascensión del Señor, presintió que se acercaba la hora de su muerte. Entonces, como el que se dispone a emprender un viaje, dispuso en orden sus libros y enseres personales, visitó y bendijo a sus hijos espirituales. La vigilia de la Ascensión quiso comer con la comunidad, en señal de fraternidad y de despedida.

El día de la Ascensión - según refiere fray Cristóbal de Parma - purificó su alma con el sacramento de la penitencia; luego, aunque estaba casi extenuado, celebró la santa misa y, con el permiso del prior, se puso en camino hacia el pueblo de Prisciano, situado en las inmediaciones de Siena, para predicar allí la palabra de Dios. El biógrafo citado parece haber querido expresar el sentido y la índole de toda la vida del beato Francisco, al representarlo, a punto de morir, cumpliendo en el camino un deber de reverencia para con la Virgen: «Salió al encuentro del siervo de Dios una mujer desconocida, la cual, desde una casa de campo se le aproximó con un ramo de rosas, y le dijo: "Fray Francisco, aceptad estas rosas". El siervo de Dios las recibió de buen grado de sus manos y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, las llevó a una imagen de la Virgen gloriosa que estaba pintada en una ermita que allí había y, habiendo comenzado la salutación angélica, poco a poco hincó en tierra la rodilla derecha y a continuación se desplomó todo él por el lado derecho, ofreciéndose así mismo, como flor y lirio, él que era virgen, a la Virgen, en la inminencia de su muerte».

Francisco fue llevado medio muerto al convento y allí, en presencia de los frailes, expiró, el 26 de mayo de 1328. Su cuerpo fue sepultado con honor en la basílica de Santa María de los Siervos en Siena. Benedicto XIV confirmó su culto el año 1743.

## RESPONSORIO

*ICo 4, 1-2; IPe 4, 11*

**R/.** Procuren que todos nos consideren como servidores de Cristo \* y administradores de los misterios de Dios, aleluya.

**V/.** Quien habla, que sea mensajero de las palabras de Dios; quien se dedica a servir a los demás, que los sirva con la fuerza que Dios le comunica.

**R/.** Procuren que todos nos consideren como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios, aleluya.

**La oración conclusiva como en Laudes.**

## Laudes

### Benedictus, ant.

Busquen al Señor, todos ustedes,  
humildes de la tierra,  
que cumplen sus mandatos.  
Busquen la justicia,  
busquen la humildad, aleluya.

### ORACIÓN

Infunde, Señor, en nosotros la suave piedad y el amor fuerte con que tu siervo Francisco veneró a la Madre de tu Hijo y se entregó a la dirección espiritual de tu pueblo. Por nuestro Señor Jesucristo.

## Vísperas

### Magnificat, ant.

Francisco, siervo de Dios,  
en la hora de la muerte  
oraba en voz baja diciendo:  
«Todo se ha cumplido.  
En paz me acuesto y descanso tranquilo», aleluya.

La oración conclusiva como en Laudes.